

Meteórico Pereira

Fernando Conde

SOSTIENE Pereira que comenzó a escribir para robarles el corazón a las chicas de su Villafranca del Bierzo querida, que diría Gardel. Lo creo. Lo creo, porque él mismo me confesaba hace un par de años que pertenece a una generación de conquistadores que escribían, o lo que es lo mismo, a una quinta de escritores que conquistaban, y cuyo máximo exponente fue siempre Paco Pino. «A Paco yo le hubiera prestado todo de por vida menos a Úrsula, mi mujer, a la que le prohibí que pasara un solo minuto a solas con él», me confesaba justo antes de romper en una carcajada limpia, en una sonrisa franca y buena; como son siempre las sonrisas de los hombres enteramente buenos.

Mucho he disfrutado con la lectura de sus cuentos y con su incomparable manera de contarlos. Los cuentos de Pereira están hechos de voces atrapadas en papel. Tal vez por eso, cuando uno los lee, tiene la impresión de que alguien se los estuviera susurrando al oído. En ellos nada es gratuito, porque, como buen cuentista, Pereira sabe que un cuento no perdona una palabra de más ni una coma de menos. Un buen cuento es como una compleja operación matemática en la que no basta con hallar el resultado correcto; es imprescindible llevar bien los pasos y no tropezar con el primer verbo o con el último adjetivo que nos aceche. Si eso ocurre, el baile se desbarata y el cuento pierde pie y cae.

Sin embargo, lo que hoy me convoca a estas líneas no es el Pereira que escribe cuentos, sino el poeta. La mayor parte de los lectores identificamos a este berciano de barba quijotesca con el género corto, con la distancia breve, con los tres o cuatro párrafos en los que se condensa su maestría narrativa. Pero Pereira siempre ha sostenido que él es ante todo poeta, poeta y poeta; que incluso cuando escribe cuentos es la poesía quien se los dicta. Lo creo... y más después de haberme empapado de un título novísimo editado por Calambur: *Meteoros. Poesía, 1962-2006*.

Contrariamente a lo que el título parece sugerir, estos meteoros no son fragmentos dispersos que vagan por el espacio sin rumbo, sino un universo completo y estructurado de poesía en estado puro. Y llegado a este punto, te pido mil perdones, mi querido Antonio, por haber tardado tanto en descubrirte poeta. Porque eso es lo que me ha sucedido con esta obra: que me ha tocado;

que me ha dejado patidifuso y mudo de halagos, sin hallar en mi biblioteca de alabanzas, encomios y loores los que reflejen de lejos el buen sabor que en mi memoria han dejado tus versos.

De *Memoria del fuego*, por ejemplo: «...los demás se colocan en hilera / y se pasan deprisa los calderos. / A veces el caldero rebosante / se lo da un hombre al hombre que más odia. / Se miran fugazmente, encadenados / pero hombres al fin, y el agua vuela...». O ese tratado de la infancia y de cruda sociedad que es *La casa de mi amigo era más luminosa*. ¿Y qué mujer no quisiera ser Úrsula para que tú le dedicaras un poema como *Úrsula ciudad*, o un libro como éste, en justa reciprocidad por toda una vida -la suya- dedicada? ¿Y qué dirá el lector cuando lea los quince versos de *Del libro de la madre*?; con qué ternura se describe en él esa receta de dulce de membrillo que la madre prepara mientras espera: «Escójanse los sanos y amarillos / membrillos del montón que alza su aroma. / Luego cocer, / cortar hasta arrancarle / al fruto el corazón / bajo la piel rugosa. / Póngase -con amor- todo el azúcar / que cabe en unas manos generosas...». Y es que tenía razón Panero padre cuando te dijo eso de «Si Dios está de dar, el poema nace en cualquier sitio y en cualquier momento».

Meteoros es una antología y un recuento, un cúmulo de instantes condensados en palabras y versos. Meteoros está preñado de una poesía mucho más garcilasista que espadañesca, ¿y qué? Leyendo esta obra uno descubre que la poesía no es coto privado ni de generaciones ni de Sinaias. Tal vez, querido Antonio, la tuya nunca fue una poesía «necesaria», pero desde ahora, desde este Meteoros, te aseguro que habrá quien la necesite para seguir creyendo en los poetas.